XI.

Valentina á Mariana.

Toledo, Setiembre de 18...

He recibido tu carta, mi querida hermana, y me apresuro á enviarte el parecer que deseas acerca del paso que has dado respecto de tu marido: solo puedo enviarte elogios muy sinceros, pues si bien no has tenido en este asunto toda la delicadeza que era deseable, hay que pensar en que estabas muy amargada, y en que atendido tu carácter, te has mostrado demasiado generosa. Yo, en tu lugar, hubiera hablado á la madre de esa pobre jóven, y le hubiera enseñado *á ella sola* el retrato: solo la mano de una buena madre puede cerrar, despues de abrirla, tan mortal herida: porque la mano de su madre hubiera hundido el puñal en el seno de Lucía lo más suavemente posible, para derramar en seguida en la llaga el bálsamo de su amor.

Algo tiene de cruel lo que has hecho, Mariana; y sin embargo, hay tanto de noble y bueno en tu decision de conservar un padre á tus hijos, que no puedo acusarte. Has alcanzado *la mayor de las victorias*, que ha sido vencerte á tí misma, y no poner el pié en el deplorable

camino del ruido y del escándalo, camino que está vedado á todas las madres.

Supongo que al decir á la madre de Lucía que hallarian en París un asilo dispuesto para recibirlas, pensabas en Roberto, y has hecho bien: nada de lo que sirva para evitar ó dulcificar una desdicha tuya, se negará á hacerlo: es rico en fortuna, y más rico de corazon. En cuanto á Cecilia, es un ángel, y Lucía hallará en ella una tierna amiga.

No te digo que les ofrezcas ningun adelanto de dinero, porque no lo admitirian: aunque pocos, personas tan arregladas como esas dignas mujeres, no estarán sin algunos ahorros: ya en París, de Roberto admitirán algun préstamo, que estoy segura podrá satisfacer Lucía con su trabajo.

Y ya que has dado el paso primero y más penoso, mi querida Mariana, sigue por ese camino: ve á visitar cada dia á *tu enemiga*, y el odio, esa gangrena del alma, desaparecerá de la tuya: acompáñalas, protégelas hasta que salgan de Madrid: y si como supongo esa desgraciada jóven tiene que pasar por una grave enfermedad, pues el cerebro no sufre impunemente tan rudos choques, cuídala, consuélala, y esa será tu mejor venganza: cuidar y curar el mal que ha causado tu marido. No es esa la sola herida que tienes el deber de curar, mi pobre Mariana: tu deber es tambien curar la que hay en el co-

razon de Diego: hay dos cosas—y son las más graves de la vida—en las que no hacemos nunca *lo que debemos*, ni aun *lo que queremos;* sino *lo que podemos:* estas dos cosas son las que tocan á la conciencia y al corazon: la fe religiosa, no es á veces tan férvida como quisiéramos, y la misma ilustre Doctora Santa Teresa de Jesús, se afligia profundamente algunas veces, al notar que oraba sin fervor alguno, y que su imaginacion se distraia corriendo por los senderos terrenales.

La oracion la calmaba al fin, más pronto ó más tarde, y su alma se acordaba con las palabras que salian de sus labios.

Pues si en esto es la voluntad independiente, lo es mucho más en los asuntos del sentimiento: en vano es proponerse querer una cosa ó dejar de querer otra; en vano algunas veces el desprecio de las malas cualidades, la desestimacion de una persona, quiere empeñar reñida batalla con el amor: hay quien ama con ceguedad, y desprecia profundamente el mismo objeto que le subyuga y le atrae fatalmente: y hay quien estima altamente las cualidades de una persona, y sin embargo, no puede amarla.

Te repetiré ahora lo que en una de mis últimas cartas te dije. Diego no te ha ofendido deliberadamente: no hay hombre que sea esposo y padre, si tiene una conciencia moral sana y recta, que ame con alegría en el alma á una

mujer que no es la suya: hay en las afecciones ilícitas un sabor amargo que ninguna sutileza del corazon puede endulzar; la conciencia levanta su voz severa, y quita al desdichado víctima de la dolencia moral, el sueño, el reposo, la alegría, la serenidad del ánimo y el valor.

Y en estos hombres—que segun dice el mundo "se extravían," y segun yo creo son más desdichados que culpables—entre ellos los hay tan severos, que son á la vez sus jueces y sus verdugos; acaso Diego, exasperado por su fatal pasion, y no pudiendo, ni vencerla ni transigir con su conciencia, hubiera salido de este mundo por la sombría puerta del suicidio.

Yo te lo confieso, Mariana: desprecio mucho á los hombres que pasan su vida en devaneos, conquistas, é infidelidades *de ocasion*, como hay tantos en el mundo: esos carecen á la vez de corazon y de dignidad, y no sé si son más imbéciles que otra cosa: pero el hombre que se siente avasallado por una sola pasion, fuerte y exclusiva, merece mi estimacion, y le dedicaria una tierna piedad, aunque fuera mi marido y el padre de mis hijos.

¡Qué bello papel te designa la Providencia! Si lo estudias y le comprendes, tú serás la dueña absoluta del corazon de tu marido, y eso antes de mucho tiempo: no desmayes, Mariana, en la árdua tarea de mejorarte á tí misma: el hombre se prenda de una mujer que vale ménos

que la suya, y esta regla es tan general que nadie la ignora: pero cuando su mujer es bonita como tú, buena como tú, y además de ser estas dos cosas le halaga, se viste para él, cuida de su casa, y es en fin su compañera y su amiga, le parece, y con razon, que no debe ir á buscar fuera de su casa lo que no ha de ser mejor que lo que posee en la suya.

Escribe á Roberto, ó yo le escribiré, para que vaya á esperar é instale á las señoras de Montes: no habiendo estado nunca en una poblacion tan populosa como es París, se verian doblemente angustiadas, ya por la gran pena que las acompaña, ya por las dificultades con que se tropieza en todo país desconocido.

Y tú, mi querida Mariana, tranquilízate: la serenidad del ánimo es necesaria para todo, y sobre todo para conjurar las tormentas de la vida.

VALENTINA.

XII.

Roberto á Mariana.

París, Setiembre de 18...

Mi querida hermana Valentina me ha referido tu comportamiento en el árduo y doloroso asunto que tanto interesa á tu reposo, y al porvenir de tus hijos; y aunque las sutilezas de su

corazon, demasiado tierno y generoso, le hacen creer que no has obrado con toda la delicadeza deseable, yo te aplaudo, y te rindo todo el homenaje que merece una mujer honrada, una buena esposa, y una amorosa madre de sus hijos.

Valentina es un génio, es una santa, y tiene mucho tambien de ideal y de sílfide: no es posible mayor aptitud para el perdon, abnegacion más noble, olvido más grande de las injurias, que los que ella atesora; pero no todos somos perfectos como mi hermana, como esta hermana que forma el orgullo de su familia, y que parece haber venido solo á la tierra para ser el modelo de todas las virtudes.

Apréndelas en ella, Mariana: imita en todo á Valentina: porque lo mismo Diego que yo, y que todos los hombres que la conocen y la tratan, ven en ella el ideal de cuanto es adorable y adorado.

Es cosa muy difícil—casi imposible—el unir una gran bondad y un gran talento: porque este último está dotado de tan grande penetracion, que no se le escapa ni un solo defecto. Conocidos los defectos, solo una gran bondad de carácter los dispensa, y la bondad es aun más rara que el talento, en esta vida egoista y miserable.

Valentina tiene en sus manos los hilos ténues de que depende la dicha de todos los su-

yos: á cada uno nos calma, nos anima, nos tranquiliza, nos da valor, y sostiene con el más tierno cuidado nuestra fe cristiana, faro que alumbra los más oscuros caminos de la vida; pero el terrible problema que ha surgido en la tuya, mi pobre Mariana, exige una perfeccion y un valor que no todas, si no casi ninguna mujer del mundo puede tener.

Yo te aplaudo lo que has hecho, y creo que has hecho lo que debias: cuando Lucía y su madre lleguen á París, estaré yo esperándolas, y Cecilia irá á visitarlas dos ó tres dias despues: tendrán habitacion preparada y nada les faltará.—Tu solicitud, la insistencia con que me ruegas por esas dos pobres mujeres, me han enternecido profundamente: tú eres buena, Mariana, y así me complazco en reconocerlo: jamás olvidaré que ultrajada por mi hermano, has oido la voz de Valentina y la mia, y en vez de dar un escándalo que nos hubiera causado un disgusto mortal, has decidido permanecer en tu sitio de esposa y madre, como el soldado valeroso que á pesar del silbar de las balas, decide morir abrazado á su bandera.—¡Gracias, Mariana, en nombre de tus hijos, en el mio, en el de tu marido, y el de toda mi familia, á la que hubiera cubierto de ridículo el proceso de tu seperacion: yo estrecho con ternura y gratitud, la delicada mano que tantas veces habrá enjugado lágrimas causadas por mi hermano!

Y no creas por eso, que ni Valentina ni yo somos capaces de aconsejarte que lo sufras todo de tu marido, no: el sufrimiento y la resignacion tienen sus límites, y nosotros te los marcaremos si es preciso. Hoy Diego, más que culpable, era desgraciado: no se trata de un estravío de los sentidos, del apetito de un momento, si no de un amor tierno y verdadero, que hizo nacer en su alma la soledad moral en que tú le dejabas; pero si suceden á este sentimiento delicado los errores del hombre vicioso; si te pospone á mujeres indignas, si reincide en la culpa de hoy, yo seré el primero que te ordene dejar la casa conyugal y ponerte con tus hijos bajo mi proteccion, que no ha de faltarte nunca: para tí seré un hermano: para tus hijos un padre cariñoso.

Por tanto, mi buena y querida Mariana, vive tranquila, y no temas jamás que te falte amparo moral, ni familia que te escude ante la sociedad: sufre cuanto sea decoroso sufrir, cuanto no menoscabe tu dignidad de madre y de esposa; pero sabe en todas ocasiones guardar tu sitio, y no dejarlo por una bondad mal entendida.

Gracias debes dar al Cielo por haberte deparado una amiga como Valentina: ¡cuántas pobres esposas han abandonado su hogar por los pérfidos consejos de una amiga envidiosa! ¡Cuántas han roto violentamente el hilo de su

destino, extraviadas por un instante de celosa cólera! ¡Cuántas sin apoyo y sin consejo en la ruda batalla de la vida, han ido cayendo de error en error ciegas y desatentadas, y el mundo, cruel, las ha juzgado culpables, cuando solo han sido desgraciadas!

Tú no sabes, Mariana, no puedes saber, como los hombres lo sabemos, de qué manera cruel y despiadada se juzga á la mujer separada de su marido: toda la culpa de la tragedia doméstica—que tragedia y terrible resulta de romper lo que la ley divina ha unido—toda la culpa del funesto accidente, cae sobre la débil cabeza de la mujer, á no ser que ésta cuente con el amparo de la familia de su marido: y este amparo no le es otorgado jamás por completo, aunque se la reconozca inocente, aunque haya sido mártir de toda clase de sinrazones y de injusticias: porque la familia del verdadero reo no quiere quitar á éste la razon, y dársela á los ojos del mundo á la extraña, á la que quizá aborrecian y envidiaban sordamente antes de que entrase en su familia, y mucho más despues de estar en ella.

No será esa tu desdichada suerte: no has de tener que sufrir las injusticias de todos, por no haber podido soportar las de tu marido. Tú eres *nuestra,* y no solo de él: nunca te faltará nuestro amparo y nuestro amor; mas para merecerlo, sigue sufriendo con paciencia, y por ahora

excusa, perdona y compadece á tu marido, que lo merece y lo necesita.

Cecilia te abraza, como muy cariñosamente lo hace tambien

ROBERTO.

XIII.

Lucía á Luisa.

París, Octubre de 18...

¡No, no te engañaban tus presentimientos, mi tierna y previsora amiga!... ¡La radiosa luz de tu razon te hacia ver claro, y á mí la poesía y el idealismo de mi organizacion de artista, me ocultaban la verdad!...

El lugar en que está fechada esta carta, en vez de sorprenderte, te hará comprender, no toda la terrible verdad, sino que algun infausto suceso ha tenido lugar en mi vida: y no te equivocas ¡por espacio de cinco meses me he dejado amar por un hombre casado! *Amar* he dicho... y he profanado esa santa y sublime palabra: ¡no, no he sido amada! ¡he servido de entretenimiento al aburrimiento de un hombre cansado de la dulce monotonía del hogar: he sido la triste víctima de un engaño, y me veo degradada á mis propios ojos por haber sido tan crédula y tan nécia!

Perdóname, Luisa, este extravío de que soy

inocente: mi desdichada y fatigosa vida, dedicada á un duro y asíduo trabajo, sin otra compañía que la de mi madre, sér bueno é inofensivo, pero que no me sigue ni en el vuelo de la imaginacion ni en la cultura de las ideas; mi solitaria vida me hacia ansiar alguna compañía moral para mi espíritu, y creí, en efecto, encontrarla.

La misma ofendida esposa vino á mi casa, y desgarró con mano brusca, pero no irritada, el velo que cubria mis ojos: traia un retrato, y me encargó que le sacase una copia en tamaño mayor: ¡era de él! ¡de Diego! Al oirle decir que era aquel su marido, toda la sangre afluyó á mi corazon, y caí sin conocimiento con el retrato en la mano.

He tenido una fiebre cerebral que me ha durado quince dias, y durante la cual mi pobre madre ha hecho prodigios de abnegacion: ¡ah! ¡Dios ha castigado la soberbia de mi espíritu, por creer á mi madre inferior á mí en inteligencia! ¡Por prosáicos que sean nuestros padres, no hay amparo más dulce y más verdadero que el suyo, no hay talento en el mundo que iguale á su amor: y el amor es lo que da ricos y sabrosos frutos, en tanto que la inteligencia solo sirve para alumbrar con sus rayos todas las inmensas y varias desolaciones de la vida!

¡Sí, Luisa! seamos humildes y agradecidas

de corazon para nuestros padres, y amémoslos como á lo mejor para nosotras de todo lo que hay en la tierra.

¡Muy desgraciada soy! toda la ternura—y es mucha—que cabe en mi corazon, la habia dedicado á ese hombre... y hoy, rotas todas las esperanzas de mi amor, lejos de mi patria, en tierra extranjera para mí, donde me ha conducido la mano piadosa de mi madre, y la más piadosa todavía de la esposa á quien sin saberlo ofendí, siento el vacío debajo de mis piés, y me parece que me falta el aire para respirar y la luz para los ojos, que solo ven tinieblas y amargura!

¡Oh, Luisa! ¡si supieras cuánto queria yo á Diego! ¡solo al verle me parecia que entraba en toda mi alma una como plenitud de vida! Mi ánimo, fatigado por los árduos cuidados de la existencia, pues sin ser esposa ni madre, tenia que proveer con mi trabajo á todas las necesidades de la mia, descansaba, y el eco solo de su voz me inspiraba confianza y fortaleza!—¡Qué hermosa, qué noble y varonil era su figura; y digo *era*, porque para mí ha muerto! ¡Qué distincion tan grande! ¡qué melancólica dulzura en sus ojos, que parecian implorar el amor y la confianza! ¡Poco á poco, y sin saberlo yo misma, habia ido haciéndole dueño absoluto de mi vida y de mi pensamiento, para hallarme de repente y para siempre en la más espantosa soledad!

A nada de lo que han exigido de mí, he opuesto objecion ninguna: la esposa de Diego, de acuerdo con mi madre, ha ordenado todos los pormenores de mi viaje: esta señora es muy bella y muy buena: dotada de una arrogante figura, alta, torneada, con un aspecto que dice muy claro estar dotada de fuerza física y moral, á mí me causa como una especie de temor, y parezco á su lado una muñeca de biscuit, aunque ya sabes que no soy baja de estatura: pero soy tan endeble como ella es fuerte y robusta.

Al llegar á París, nos esperaba un caballero muy elegante y muy parecido á Diego: nos dijo ser D. Roberto Benavente, hermano mayor de aquel, y que ya nos tenia preparada habitacion: y en efecto, nos condujo á la calle de Provenza y nos instaló en un bonito entresuelo, amueblado con mucha sencillez pero con muy buen gusto.

Consta de dos pequeñas piezas con un gabinete, de tocador la última; de dos cuartos interiores en un pasillo y de una cocina sumamente reducida.

—La comida—dijo el Sr. Benavente—la traerán de un *restaurant* cercano: están pagados seis meses de alimentos y habitacion.

—Mañana, caballero, arreglaremos cuentas, dijo mi pobre madre con la frente cubierta de un rubor doloroso.—¡Pobre madre! ¡Deber el

techo que la abriga y el pan que ha de alimentarla, á la familia del hombre que tanto daño ha causado á su hija! ¡ah! ¡yo comprendí bien la dolorosa expresion de su semblante!

Despues de una pausa, continuó:

—Mi hija y yo tenemos algunos ahorros, que nos servirán para los primeros gastos, y despues trabajaremos... ¡oh sí, caballero, trabajaremos! añadió conteniendo la protesta de su interlocutor: en Madrid lo hacíamos tambien, porque Dios nos ha quitado los bienes que nos dió, y debemos humillarnos ante su voluntad.

Cuando quedamos solas, me arrojé llorando en los brazos de mamá: ¡ella tambien expatriada por mi culpa... y á su edad! Le pedí perdon arrodillándome á sus piés, y ella me levantó con ternura y me dijo que, lejos de culparme, solo deseaba dulcificar mi desgracia.

Ya te diré lo que hago, Lucía: quiero trabajar mucho para olvidar: daré lecciones de español, de música, de italiano y de dibujo. Dios me ayudará, y mi madre no carecerá de nada, siendo esto un bien para mi corazon desgarrado.

Adios, mi buena Luisa; escríbeme tú, que bien lo necesita tu

LUCÍA.

XIV.

Diego á Roberto.

Madrid, Octubre de 18...

¡Gracias, mi querido y excelente hermano! gracias por todo cuanto has hecho en favor de Lucía y de su madre! A no ser por tí, ¿qué hubiera sido de ellas, perdidas en las sombras por esa gran ciudad?

No he culpado un solo instante á mi mujer por su línea de conducta: ha sido brusca como su carácter, cruel á mis ojos, y á los de toda persona delicada, inconveniente y osada: pero estaba en su derecho haciendo lo que ha hecho, si no por amor á mí—que poco me importa ya de su amor—al ménos por el bien de sus hijos y por su reposo.

¡Ay! este no ha de volver á alterarse por causa mia! el último destello de vida y de pasion se ha apagado en mi alma al perder á Lucía! ¿Será que ésta salga de lo vulgar de su sexo? ¿Será que acumule perfecciones ideales? No es esto último, pero sí es lo primero: no es lo usual hoy en el sexo femenino el candor, la honradez, la sinceridad que residen en el alma virginal de Lucía, no! ¡Ningun matiz de la coquetería conoce ella; sus blancas mejillas no se han teñido jamás con los productos de la química; sus cabellos tienen la belleza que deben á la juventud, y en sus labios de púrpura jamás se ha posado la mentira!—Y así como su rostro es su alma... no es posible hallar una fé cristiana más sencilla, y á la vez más firme que la de esa jóven: no conoce, y por lo tanto, no emplea ningun subterfugio para cumplir con su deber: sola con su madre, ha convertido en deleitoso placer el tedioso cuidado que exige: porque su madre es una mujer egoista, regañona, displicente, y que nadie puede sufrir, excepto su dócil hija.

Lucía saca su fortaleza de la candidez absoluta de su carácter: nada le parece que es malo, y á las acciones de todo el que la rodea da la interpretacion más favorable: esta adorable caridad nativa es la más bella y la más completa de todas, porque no nace del precepto ni de la enseñanza, sino de la bondad genuina del corazon. Y esta es la caridad hermosa de Lucía: de seguro que aunque me culpe en el fondo de su alma, es sin rencor y sin amargura; y en los repliegues de su conciencia ó de su bondadoso corazon, halla alguna excusa á mi infamia.

No es Lucía una de esas bellas muñecas que seducen los sentidos, y que despiertan el más terrible de los sensualismos, el del espíritu: el dominio omnipotente que ejerce, es en el alma; á su lado, el corazon del hombre más débil comprenderá su deber, y hallará lo que en nuestra época va siendo difícil: fuerza y valor

para soportar la vida: al verla á ella resignada con una vida de incesante trabajo, al lado de una madre egoista y vulgar, se siente valor para soportar las más violentas borrascas de la vida: á la edad en que yo me hallo, es la mejor compañía esta mujer superior, que vale todo lo que puede valer el mejor de los amigos.

A lo ménos me queda en mi desgracia el consuelo de no haberla comprometido: jamás fuí á su casa, á pesar de que su madre me la ofreció algunas veces: la vida casi claustral que hacian estas dos pobres mujeres no admitia gran deseo de visitas por una parte, y por otra, á mí me dolia en el alma el comprometerlas.

No te pregunto, mi querido hermano, lo que hace Lucía en París, porque lo sé sin que nadie me lo haya dicho: trabajar: su valor es grande, y buscará en una ocupacion incesante, á la vez que el alivio de sus penas, recursos para la vida.

Algunas veces me pongo á pensar cuántos hombres desdichados como yo habitarán la superficie de la tierra: cada uno lleva su drama en el fondo del alma, y los que paseamos tranquilamente y con la sonrisa en los labios, somos acaso los más heridos, mucho más heridos que los que hacen ostentacion de sus penas.

Mi pobre mujer hace en favor de la paz mucho más de lo que yo esperaba: tomando en cuenta lo vulgar de su inteligencia, no se le puede pedir más: yo la estimo como á la madre

de mis hijos; pero si alguna vez me engañé creyendo amarla, ya estoy bien desengañado de que jamás ha sido así, y que formamos uno de tantos matrimonios que viven como los mejores amigos del mundo, y que sin embargo no se profesan más que un cariño puramente amistoso.

Es preciso ser hombre, sin embargo, y voy á adelantarme á una reprension que acaso merezco: sí, Roberto, leo en el fondo de tu pensamiento, y sé que me acusas de mal padre, porque al parecer jamás pienso en Irene y en Adriano: no lo creas; los sentimientos del padre han sobrevivido á la ruina de todas mis esperanzas, al caos que hay en el fondo de mi pobre corazon.

Desgraciadamente Adriano se parece á su madre en lo poco activo de su imaginacion, en la vulgaridad de sus gustos y en lo poco desarrollado de los sentimientos, é Irene no desmiente la raza de los Benavente: tú mismo, cuando hace pocos meses estuve con ella en París y á tu lado, la llamabas, *la pequeña Valentina*, y adivinabas lo que es: aunque hubiera tomado vida en el seno de nuestra hermana, no podia ser más semejante á ella: y esto, que seria un bien para mí tratándose de mi hijo, pues tendria en él un amigo fiel é inteligente, es un gran mal tratándose de mi hija, cuya viva impresionabilidad, unida á su condicion de mujer, la harán siempre desgraciada.

Irene ama á su madre, porque su alma es toda ternura, pero no la estima; y esta es una de las mayores desgracias que puede experimentar una criatura humana. Cuando Mariana hace alguna apreciacion vulgar, cuando da á alguna cosa una interpretacion equivocada, las dulces facciones de Irene se entristecen, y revelan un sentimiento de dolor que está muy en disonancia con su tierna edad de nueve años; ella adoraria á su madre si ésta fuese una mujer superior: pero como la pobre Mariana se halla muy lejos de serlo, su hija sufre á la vez en su corazon y en su amor propio.

Es un gran mal el que los hijos valgan más que los padres: para que el respeto tenga una base sólida y segura, debe proceder de la superior valía de la persona respetada: porque si no, el respeto no es una verdad, sino una imposicion de las leyes sociales, que oprime y mortifica.

Por eso quizá Irene demuestra hácia mí una profunda simpatía: acaso el tierno corazon, el lúcido entendimiento de esta niña comprende que su padre sufre, y que no hay en su vida elemento alguno de felicidad: ¿quién sabe? la mirada inocente de la infancia es á la vez muy penetrante, y comprende fácilmente problemas sombríos que escapan á inteligencias superiores: hay en los niños intuiciones que son á la vez prodigiosas y muy tristes.

Tranquilízate, Roberto, y está seguro de que seré buen padre á pesar de la soledad moral en que mi destino me ha encerrado como en un sudario de plomo... pero tú, mi excelente, mi querido hermano, no abandones á Lucía, y háblame de ella alguna vez.

DIEGO.

XV.

Lucía á Mariana.

París, Octubre de 18...

Llena de pena el alma, pero sin rubor en la frente, tomo hoy la pluma para dirigirme á usted, estimada y distinguida señora: si por algunos meses he sido causa de que Vd. sintiera una pena muy amarga, he sido causa involuntaria é inocente: toda mi culpa ha sido la irreflexion: amé, y no supe á quién: y para que me perdone y se dé cuenta de cómo fué el caer en una culpa cuya sola idea me horroriza, voy á decirle algo de mi vida y de las tristes circunstancias que la rodean.

Tuve un padre tierno, ilustrado, que me amaba con pasion, y que me hizo dar una educacion muy esmerada y muy costosa: me hizo aprender la música, la pintura, los idiomas francés, inglés é italiano: dirigia mis lecturas y me hacia discurrir acerca de ellas: en una

palabra, me enseñó á pensar, y desenvolvió mi sensibilidad natural hasta el más grande extremo.

Si mi padre hubiera vivido, esta educacion moral é intelectual hubiera sido un gran bien: pero mi padre falleció á consecuencia de un gran disgusto: perdió toda su fortuna en una jugada de Bolsa, y no pudo sobrevivir á su ruina y á la de su familia: un ataque cerebral le arrebató á nuestro cariño.

Tenia yo entonces diez y siete años, y me pareció que habia quedado sola en toda la extension de la tierra: íntimamente unida á mi padre, y bastándome su amor y aquella tierna amistad y simpatía que nos unia, habia tenido poca intimidad con mi madre, señora muy buena, pero cuya inteligencia tenia un nivel infinitamente más bajo que la de su marido: mi padre se habia casado seducido por la gran belleza de mi madre: pero aún no habian pasado seis meses, cuando se halló mortalmente solo, como todo el hombre que se casa llevado de una alucinacion de los sentidos. Cuando yo nací, se dijo que haria de mí lo que hubiera deseado que fuese mi madre, para que yo pudiera hacer á un hombre feliz, y para que fuese siempre su amiga y su compañera.

Mi madre era tan hermosa como buena: tenia lo que es comun en las mujeres de escasa imaginacion: una gran bondad de alma: jamás

se ofendió del tierno amor que yo profesaba á mi padre, ni se dijo que aquello podria ser con el tiempo un mal para ella: dedicada á las faenas mecánicas de la casa, estaba contenta con el cumplimiento de su deber, y con vernos en perfecta salud y rodeados de comodidades.

Cuando me vió muy enferma por el dolor inmenso de la muerte de mi padre, se sentó al lado de mi cama, y apoyando en su pecho mi cabeza, me dijo con una ternura casi humilde:

—Hija mia, yo no podré llenar el vacío de lo que has perdido: tu padre valía mucho, y yo no valgo nada: pero tengo un corazon para amarte, y este corazon será tu abrigo y tu escudo mientras dure mi vida: tu inteligencia estará sola, tu alma no, porque la mia le dará calor.

En aquel instante, señora, conocí cuánto valía mi madre y que así mi padre como yo habíamos sido injustos con ella: la abracé, y la aseguré que solo para ella queria vivir, y que en medio de nuestra pobreza, sentia una gran felicidad al pensar que tenia que trabajar para ella: la aseguré de mi amor y de mi respeto, y la prometí tener valor para no afligirla.

¡Ah señora! ¡Procure Vd. siempre que sus hijos sean sus amigos! Que la vean tan alta, que nada conozcan mejor y más amable que su madre! Porque yo, aun con el más vivo empeño de hallar en la mia un sér con quien simpatizar en mi soledad moral, no pude lograrlo.

Mi madre era muy bondadosa, como ya he dicho, pero con una bondad mal entendida: me dejaba hacer en todo mi gusto, y parecia haber hecho abstraccion completa de su voluntad: éste me parecia mal hecho de su parte, y echaba de ménos el dulce yugo que proteje y acompaña en la vida: me parecia que estaba del todo sola, y lo estaba realmente: así nació en mi alma un deseo irresistible de hallar otra alma, y hallé un hombre en mi camino que me pareció reunir todas las cualidades del ideal con que soñaba yo... quién era este hombre, ya lo sabe Vd.

Despues de cinco años de soledad moral, creí haber hallado la dicha: nunca habia querido aceptar compromisos de amor y matrimonio, en los cuales mi corazon no tomara parte: porque me imaginaba que, si es doloroso en un matrimonio el que el marido sea muy superior á la mujer, debe serlo mucho más el que la esposa sea superior á su marido; y nunca hubiera aceptado esposo que no valiese mucho más que yo.

Lo demás que ha ocurrido, ya Vd. lo sabe, señora: cuando supe mi involuntaria culpa, estuve á punto de morir... ¿y por qué no decirlo? Sentí el dolor más agudo de mi vida al ver venirse al suelo todas mis esperanzas de ventura: yo amaba por la vez primera de mi vida, y no sabria amar dos veces.

Perdon, mil veces perdon, señora mia: de rodillas, llenos los ojos de lágrimas, con las manos cruzadas, se lo pido: hasta que Vd. me lo otorgue, no podré vivir en paz con mi conciencia, ni podré tener sueño tranquilo.

Aquí estamos ya instaladas mi buena madre y yo, y creo que para largo tiempo: pero ya no necesitamos de los auxilios de Vd. ni de los de su digna y respetable familia: tengo ya tres lecciones de español y tres de piano: además copio música para un almacen, y mi madre aplancha encajes para algunas grandes damas que los usan diariamente. Sin rubor ninguno confieso á Vd. nuestras modestas ocupaciones: hasta que se ha cumplido el primer mes de nuestro trabajo, hemos vivido de algunos ahorros: al cumplirse el mes, hemos reunido una bonita cantidad: mamá trabaja tambien en tapicería, y yo hago flores algun rato: trabajamos mucho, pero estamos contentas... es decir, contentas en lo posible... yo, señora, soy muy desgraciada, y no la quiero engañar, diciéndole lo contrario... pero el trabajo es un fiel amigo, y una buena y dulce compañía: y además, gracias á Dios, tengo la conciencia limpia de toda mancha, porque así que conocí el mal, huí de él con horror, con la firme intencion de huirle toda mi vida.

Solo me resta, señora, dar á Vd. mil gracias por su bondad sin límites: pudo Vd. ha-